

LABORATORIO

Charlotte Cornell
Atlanta, Georgia, Estados Unidos

No se avergonzaba de reconocer que le agradaba el desorden e incluso cierto grado de suciedad. Que no le molestase la desorganización no significaba que adorase el caos. Y, por supuesto, que no se escandalizase ante la falta moderada de limpieza no significaba que le gustase la inmundicia o la concentración de porquería. Sencillamente, tendía a una sólida indiferencia en lo referente a los temas de higiene. Esta opinión aparentemente tan insólita perdía toda extravagancia cuando se definían las razones que la explicaban. Charlotte Cornell se licenció en Biología por la Universidad de Berkeley, se doctoró en Microbiología por la Escuela de Medicina de la Universidad de Pensilvania y disfrutó en Ohio de cuatro años de beca postdoctoral en el Departamento de Inmunología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Toledo. Pocos meses después de la finalización de la beca, obtuvo una plaza de profesora en el Departamento de Epidemiología y Biología Molecular en la Universidad de Columbia. Y tras tres años de actividad docente, renunció a la enseñanza cuando le hicieron una de esas ofertas que no se pueden rechazar. La vida de la doctora Cornell había transcurrido entre rituales de desinfección, protocolos de salubridad y una apología extrema de la profilaxis. Su trabajo le exigía atender constantemente las normas básicas de esterilización. Sus compañeros, obsesionados con mantener los gérmenes a raya, profesaban la religión de la pulcritud. Los espacios en los que se movía no dejaban de recordarle, como si se tratase de un mantra o una fórmula sagrada, que la meticulosidad en el aseo constituía el pilar maestro de la doctrina divina de su profesión. Charlotte Cornell había acabado percatándose de que el

método científico, que aboga por el distanciamiento y rinde culto a la asepsia, no era tan distinto de los fundamentos de la fe. Pureza del alma, pureza del conocimiento. La doctora Cornell buscaba ejemplos y los encontraba con facilidad. Se repetía a sí misma que la fecundación de la Virgen María, sin ir más lejos, se produjo sin mediación de trato carnal. Y así nació Jesús: sin pecado concebido. Libre de mezclas, libre de manchas. Eso aclaraba, valoraba Charlotte Cornell, que la palabra *mancha* significase tanto marca de suciedad como deshonor. La idea de pureza, por otro lado, había sido utilizada históricamente con fines sobrecogedoramente abyectos. En el nombre de la pureza, Hitler inició un genocidio que pretendía preservar la integridad de la raza aria y sostener la perpetuación del Tercer Reich. La experiencia le decía a Charlotte Cornell que los territorios de la ciencia eran templos de purificación. El dominio científico estaba plagado de emblemas que lo pregonaban a los cuatro vientos. Edificios austeros, habitáculos immaculados, aparatos impolutos. Pasillos blancos, laboratorios pintados de blanco, muebles exhibiendo blancura. En este mismo sentido, el símbolo por antonomasia de los científicos, el distintivo que usaría cualquier niño de educación primaria para dibujar a un físico o a un médico (como si todos los agentes de la ciencia fuesen científicos naturales) no era otro que la bata blanca. Uniforme impecable, atuendo intachable. La bata blanca representaba de modo idóneo el ideal de pureza: la ausencia de imperfecciones, la limpidez de las prácticas de la ciencia. Los soldados de la verdad no solían regocijarse ante la perspectiva de mancharse de barro. De hecho, muchos compañeros de Charlotte se jactaban de utilizar la cabeza en lugar de las manos. Ellos no eran obreros; eran dioses vestidos de humanos. Charlotte sabía qué excusa emplearían sus colegas para defenderse y dar réplica a estas acusaciones. Se escudarían en el socorrido argumento de la sanidad pública, alegando que en el ejercicio de su profesión toda precaución era poca.

En realidad, se trataba de una ideología que estaba por encima de la exigencia de cautela y la protección de la salud. Lo mismo ocurría con la fijación por el orden. Cada cosa en su sitio. Racionalización del espacio. Registro puntilloso de la colocación. Todos los escenarios laborales que había conocido Charlotte estaban cortados por el mismo patrón. Muestras numeradas. Archivos clasificados alfabéticamente. Estantes repletos de rótulos y segmentaciones. Cajas con compartimentos estancos. Categorías inamovibles. Etiquetas. Carpetas. Carpetas digitales y subcarpetas. Esquemas. Tablas sinópticas.

Charlotte Cornell estaba harta de la distribución incuestionable de los enseres, de la limpieza escrupulosa, del afán compulsivo de inspección. Y por eso se rebelaba fuera del trabajo, en la medida de sus posibilidades, contra la obstinada pretensión de tenerlo todo controlado.

En la actualidad, la doctora Cornell trabajaba como investigadora en la División de Microbiología y Parasitología del Instituto Nacional de Enfermedades Infecciosas (DMPINEI) del estado de Georgia. La institución, de creación relativamente reciente, se erigía en Druid Hills, una población de la ciudad de Atlanta localizada en el condado de DeKalb. Se ubicaba a escasos trescientos metros de la sede principal de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades porque, a fin de cuentas, la DMPINEI había sido fundada con el propósito de proporcionar apoyo a esta entidad. Los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, como rama gubernamental del Departamento de Salud de los Estados Unidos, tenían atribuciones diversas: preservación de las condiciones sanitarias tanto a nivel nacional como internacional, erradicación de amenazas ambientales, impulso y fomento del bienestar humano, etc. Sus competencias abarcaban un abanico tan amplio de cometidos que muchas veces se veían desbordados. La labor de la DMPINEI, por tanto, pasaba por gestionar los problemas derivados de la existencia de seres vivos potencialmente nocivos y

la proliferación de microorganismos patógenos. Aunque la DMPINEI, técnicamente, prestaba servicio a los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, a la hora de la verdad gozaba de una autonomía prácticamente total.

En las inmediaciones del edificio de la DMPINEI también se encontraban algunos de los departamentos y facultades de la reputada Universidad de Emory. Habían pasado casi tres lustros, pero Charlotte aún recordaba que, en el apogeo del arduo proceso de selección de universidad, estuvo muy cerca de matricularse en este centro educativo. Finalmente se decantó por la Universidad de Berkeley porque Donald Robbins —un amigo de sus padres que conocía al dedillo las entrañas del mundo académico— le recomendó que hiciera las maletas y cogiese un avión con destino a California. ¿Qué habría sucedido si hubiese apostado por Emory? ¿Habría tenido una vida considerablemente distinta?, ¿o las bifurcaciones de los caminos pueden llevar, contra todo pronóstico, a puertos parecidos? A decir verdad, Charlotte no era muy partidaria de sondear las repercusiones hipotéticas de las decisiones pretéritas. De lo que estaba segura Charlotte era que no se arrepentía de ninguna de las elecciones que había tomado a lo largo de su carrera. Al fin y al cabo, había retornado al punto de origen. La doctora Cornell, que había nacido en Atlanta, no solo estaba exultante por el hecho de trabajar en una agencia pública de tamaño prestigio, sino también por la excelente oportunidad de regresar a su ciudad natal. Allí sentía un amparo del que había carecido en sus estancias en las diferentes universidades de la nación. Charlotte había recuperado el sosiego del animal que se escabulle en su madriguera, del bebé al que acuestan en su cuna, del viajero que se acomoda en su colchón después de semanas tendido en camas extrañas. Atlanta era su guarida, su escondrijo, el refugio que conjuraba todos los peligros. De modo que, de ahí en adelante, ya no tendría que sentirse

extranjera en su propio país ni padecer el tormento de la añoranza. La nostalgia, que tantas veces invadió a Charlotte e hizo mella en su alegría, se había batido en retirada. Se habían esfumado los estragos de la soledad, el dolor alimentado por la separación de su familia, el desconcierto que generan los ecosistemas desconocidos.

La infancia de Charlotte no pudo tener un contexto más favorable. Creció en Grant Park, uno de los distritos históricos más sobresalientes de Atlanta que se extendía alrededor del parque homónimo. Grant Park, edén de quietud en mitad del trasiego y los artificios de la metrópoli, se caracterizaba por la belleza bucólica de las arboledas y la predominancia de la arquitectura victoriana. Muchas construcciones de Grant Park, modestas o fastuosas, presentaban elementos arquitectónicos de los estilos victorianos más variopintos: los techos planos y bajos, las balaustradas en los balcones y los porches con arcadas tomados de la arquitectura italiana; la asimetría y el barroquismo de la arquitectura Reina Ana; o las ventanas en arco y los aleros puntiagudos inspirados en el diseño neogótico. Lejos de poseer una mansión magnificente y opulenta, los padres de Charlotte, William y Molly, eran propietarios de una casa de planta rectangular exenta de disparates ornamentales. En aquel enclave calmo y de reminiscencias rurales, auténtico bastión de resistencia contra los avances de la industria y las atmósferas irrespirables, Charlotte pudo aprovechar sin restricciones el ansia de libertad y el espíritu indómito que deberían acompañar siempre a la niñez.

Aunque ya no morase en un entorno de aroma tan paradisíaco, no encontraba motivos para quejarse. Habitaba un apartamento acogedor con decoración vanguardista en el barrio de Midtown. Este distrito residencial bullicioso y camaleónico combinaba algunos de los reclamos más heterogéneos de la ciudad: desde selectos establecimientos comerciales hasta los centros más eminentes de difusión cultural, pasando por bares, restaurantes y clubs

de música en directo. En Midtown convivían, en chocante sintonía, el ocio y el negocio, el ajetreo mercantil de las horas solares y el ruido libertino de los desfases nocturnos, los imponentes rascacielos y las casitas bajas con parcelas ajardinadas. Midtown tampoco estaba falto de zonas verdes; en sus confines se alojaban pulmones urbanos como el Piedmont Park o el Atlanta Botanical Garden. Por si fuera poco, Charlotte no malgastaba mucho tiempo en sus traslados diarios: el edificio de la DMPINEI quedaba a tiro de piedra de su apartamento. Si las carreteras no estaban muy congestionadas —lo que, por otra parte, alcanzaba la condición de milagro en Atlanta—, tardaba en llegar al trabajo menos de quince minutos.

El edificio de la DMPINEI, una mole de cemento salpicada de ventanas descomunales de vidrio polarizado, atesoraba poderes de encantamiento visual. Desde el interior del edificio, las ventanas eran meros cristales; desde el exterior, cada ventana era un inmenso espejo. A diferencia de los transeúntes, que solamente vislumbraban un reflejo de proporciones colosales cuando miraban la construcción, los empleados de la DMPINEI —que no cobraban por ejercer el papel de centinelas— podían otear sin ningún impedimento cuanto acaeciese a su alrededor, como si el edificio fuese un dispositivo de vigilancia oscuramente emparentado con el panóptico de Bentham. Las entradas estaban custodiadas por guardias jurado y tornos de acceso de seguridad. Legiones de videocámaras infestaban la fachada y la explanada del aparcamiento para escrutar los alrededores.

Gracias a los esfuerzos de sus compañeros o gracias a sus propios méritos, Charlotte se había adaptado con celeridad a la dinámica de su nuevo puesto. Ya conocía de sobra la función de cada unidad de investigación y la planta en la que se establecía cada departamento, lo que era una conquista con todas las letras si se consideraba la aparatosa y endiablada lógica interna de la División de Microbiología y Parasitología del Instituto Nacio-

nal de Enfermedades Infecciosas. La DMPINEI englobaba nueve departamentos —Charlotte trabajaba en el Departamento de Análisis Microbiológico de Alimentos— con sus correspondientes Jefes de Sección. Con arreglo al ordenamiento jerárquico, los Jefes de Sección estaban subordinados a la autoridad del Director y el Subdirector del Centro. Sin embargo, Harry Ahearn y Arnold Reese, Director y Subdirector respectivamente, rara vez se inmiscuían en las vicisitudes particulares de los tentáculos de la organización: ejercían funciones gestoras y representativas, y no de fiscalización de las investigaciones. De todos modos, Ahearn y Reese desempeñaban sus cargos sin la manía entrometida que acostumbran a ostentar los directivos con una posición de tanto calibre. El organigrama lo completaban los investigadores de plantilla y, en el último peldaño del escalafón, estaban unos pocos investigadores posdoctorales asociados a proyectos específicos. Los departamentos eran muy independientes entre sí. Incluso dentro de cada departamento había pequeñas asociaciones de tres o cuatro investigadores que desarrollaban conjuntamente líneas concretas de estudio. Pese a que el Departamento de Análisis Microbiológico de Alimentos estaba formado por veintiocho investigadores, Charlotte solo mantenía una relación regular y próxima con los tres socios de su equipo —Scott Copeland, Madeleine Harper y Klaus Hagen— y, por supuesto, con Spencer Savant, su cordial y meditabundo Jefe de Sección.

Tal vez procurando regatear la indulgencia y las moñas piadosas que suelen perseguir al miembro más joven de un grupo, Scott Copeland se afanaba en mostrar una formalidad desmesurada. No podía soportar que sus compañeros lo viesen como un muchacho inepto o un pollo recién salido del cascarón. Intencionadamente —y, en ocasiones, de manera inconsciente—, hipertrofiaba todos los atributos que juzgaba propios de las personas de más edad. Scott, que no se había dado cuenta que remedar los defectos y virtudes de la madurez era una misión

poco menos que imposible, se desvivía por esquivar los estereotipos del benjamín. Procuraba proyectar una imagen de hombre sensato y adulto que se desmarcase de la imagen alocada del niño. Casi no sonreía. No comentaba bajo ningún concepto lo que hacía en sus ratos libres. Se cuidaba de no expresar opiniones que delatasen su candidez. Se privaba de ofrecer manifestaciones de impulsividad y vigor que pudiesen asociarse con el ímpetu y la jovialidad de la adolescencia. Y cuando alguno de sus compañeros refería un suceso que lo dejaba enteramente estupefacto, Scott fingía la impasibilidad del que está habituado a escuchar anécdotas rocambolescas y acontecimientos increíbles. Scott Copeland jamás imaginó que llegaría tan lejos... y menos aún de forma tan prematura. Achacaba su éxito a la buena suerte: entendía que había sido bendecido por la diosa de la fortuna. Estaba convencido de que era un iluso al que le habían dado el caramelo más delicioso para quitárselo luego de la boca, un desgraciado al que le habían obsequiado con un regalo inigualable tan solo por un aciago descuido, un impostor al que desenmascararían en cualquier momento y señalarían con el dedo. Y como no se consideraba merecedor del privilegio de trabajar en la DMPINEI junto a aquellas celebridades de la ciencia, no se consentía cometer ni el más nimio desliz. No tenía margen de error.

Si la inexperiencia originaba el rosario de complejos que perturbaban a Scott Copeland, el atractivo desmedido monopolizaba los temores y resquemores de Madeleine Harper. Mujer de facciones seductoras y cuerpo voluptuoso, Madeleine había estado luchando, desde los quince o dieciséis años, por demostrar que la sensualidad no estaba reñida con las aptitudes intelectuales y la diligencia profesional. Sabedora del impacto hipnótico de su fisonomía y de su capacidad para hechizar la libido de los varones, Madeleine se negaba rotundamente a ser tratada como una muñeca hinchable o cualquier otro objeto sexual. No se maquillaba, no se pintaba los

labios, llevaba siempre el pelo recogido en una coleta y prescindía de toda ropa que se le ciñese a la piel. En el fondo de armario de Madeleine Harper no quedaban prendas descocadas ni provocativas: camisetas escotadas, tacones altos, pantalones estrechos, faldas cortas. Se había desprendido de cualquier indumentaria insinuante y de cualquier vestido que realizase las curvas de su silueta. Su recato, aun así, no conseguía librarla de ciertos comentarios hirientes y del acoso pertinaz de las miradas indiscretas. Tenía mucho pecho, unas caderas generosas y un trasero prominente. ¿Hasta qué punto una supuesta ventaja podía convertirse en perjuicio? Madeleine padecía los reverses de un castigo que nada tenía que ver con ella, que no había buscado, que no había elegido. Estaba dispuesta a lo que fuera con tal de evitar sentirse sometida a una incesante radiografía y con tal de rehuir la tiranía general de la lujuria masculina. ¿Qué más podía hacer?, ¿existía alguna vía de escape?, ¿o Madeleine debía asumir, tristemente, que estaba atrapada en un callejón sin salida? Le había costado lo indecible aceptar que aquel suplicio fuese una de las injustas consecuencias que traía consigo el hecho de trabajar en un terreno de actividad dominado por los hombres. Tras dos divorcios de secuelas tortuosas, juraba que ya no volvería a emparejarse. Se había casado con su empleo.

Klaus Hagen era un microbiólogo alemán de mediana edad que llevaba muchos años trabajando en suelo norteamericano. Aunque hablaba inglés con fluidez, dotaba a sus frases de unas propiedades fonéticas marcadamente germanas. Los rasgos de Klaus delataban, asimismo, sus raíces teutonas: tez pálida, ojos azulados, pelo cobrizo, pecas diseminadas por las mejillas. El cuerpo de Klaus —torso cuadrulado, hombros de porteador, espalda ancha— no armonizaba con su cara: ¿acaso alguien había encajado a la fuerza el rostro erudito de una rata de biblioteca en la complexión rocosa de un aficionado a la halterofilia? Vehemente. Voluble. Imprevisible. Antojadizo. Casi todos los

adjetivos que podían adjudicársele a Klaus estaban relacionados con la ambigüedad y la contradicción. En sus enfados intercalaba observaciones jocosas, en sus momentos de júbilo intercalaba expresiones adustas. No le costaba ni un ápice pasar del alborozo al aburrimiento o intercambiar la simpatía por la aspereza. A veces, locuaz; a veces, retraído. Sus interlocutores carecían de pistas para intuir cómo iba a reaccionar. A todas luces, Klaus Hagen era un hombre de contrastes. No es que fuese un tipo avinagrado y descortés —sus picos de cólera y exaltación solían ser pasajeros y poco pronunciados—, pero aquellos cambios de humor tan repentinos dificultaban sobremanera el modo de tratarlo. Resultaba complicado saber cómo comportarse en su presencia. Muchos de sus compañeros de departamento se mofaban a sus espaldas especulando sobre la posibilidad de que Klaus padeciese trastorno bipolar. Fase depresiva. Fase de manía. Y vuelta a empezar. Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Quizá Klaus pecase de irreflexivo y apasionado, pero compensaba con creces sus arrebatos con una nobleza digna de mención.

A Spencer Savant le ocurría justo lo contrario que a Scott Copeland. Lo que más le desazonaba era parecer demasiado viejo. Le quedaban pocos años para retirarse. Nadie se atrevía a sacar a colación el tema de la jubilación anticipada o discutir la conveniencia de que siguiera ocupando el rol de Jefe de Sección porque no había otra persona que pudiera liderar el departamento con la pericia y la eficiencia de Spencer. De hecho, el verdadero quebradero de cabeza surgiría el día que Spencer faltase. Solo había que echar un vistazo a su hoja de servicios para sentir el vértigo extraño que, con frecuencia, suscita la admiración. Se había ganado a pulso el estatus de eminencia. Por añadidura, su apariencia decrepita y avejentada ayudaba a reafirmar su aura de venerabilidad. Aparentaba tener, por lo menos, diez años más de los que tenía. El pelo de Spencer, lacio y graso, brotaba de su cuero cabelludo con un color intermedio entre el blanquecino y

el amarillento. La flacidez y las arrugas habían acampado en cada esquina de su rostro para librar y ganar la escaramuza contra la tersura. Tenía numerosos achaques que se empecinaba en ocultar. La dedicación con la que siempre se había entregado al trabajo le había devuelto, a cambio, una merma creciente de su salud. Nada detestaba más que se dirigiesen a él con aire de compasión: le horrorizaba pensar que su decadencia física podía despertar en los demás sentimientos de pena y piedad. No quería ver los rostros compungidos de los que expresan condolencias. No quería ser recordado, en el futuro, como un carcamal que chocheaba y que no supo desertar a tiempo. Nada más lejos de la realidad. Cuando Spencer Savant hablaba, reinaba el silencio. No había quien quisiera dejar escapar ni un retazo de su sabiduría. Sus palabras jamás se ponían en tela de juicio. Se aceptaban como dogmas. Pero a Spencer no le hubiese gustado saber que sus subalternos lo escuchaban con la devoción de los feligreses: sus alocuciones contenían opiniones, y no principios teológicos. A Spencer le encantaba debatir, contrastar sus criterios, que cuestionasen sus ideas. Para él no había rangos ni voces más autorizadas que otras. Ponía su bagaje científico al servicio de sus compañeros: no utilizaba sus conocimientos como bastón de mando o arma arrojadiza, sino como muleta o asidero. Ni siquiera los investigadores menos avezados se sentían pequeños a su lado: no aprovechaba la grandeza de su trayectoria con fines de intimidación; prestaba su envergadura como los árboles ceden el paraguas de su copa para que los mamíferos se resguarden del sol o se guarezcan de la lluvia. Rezumaba afabilidad y una delicadeza conmovedora. En el departamento prevalecía un veredicto unánime: todos coincidían en que no podía existir un mentor mejor que Spencer Savant.

Bajo la supervisión de Savant, el grupo de la doctora Cornell operaba con una eficacia demoledora. Charlotte, Klaus, Madeleine y Scott coordinaban sus acciones como

si fuesen las extremidades de un mismo organismo. No protestaban por la carga de trabajo. No se demoraban en los plazos de entrega de los informes. No celebraban efusivamente las victorias ni se lamentaban lastimosamente de los fracasos porque no querían caer en la complacencia ni en la congoja. Juntos habían sentado las bases para una alianza provechosa. Habían cosechado unos frutos formidables. Se habían hecho acreedores de las felicitaciones y del reconocimiento explícito de sus superiores. Y así pretendían que siguiera siendo.